

LAS CICATRICES TAMBIÉN BRILLAN

SILVIA ROYO LÓPEZ

CAPÍTULO 1

El principio sin causa

«El corazón tiene razones que la razón no entiende».

BLAISE PASCAL

El 1 de marzo de 2023 cumplí 40 años. Amy me preparó una fiesta en mi casa a lo grande. Con un casino dentro y más de 30 personas. Como suele decirse, estaba en la flor de la vida. Al finalizar la noche, me tenía preparado un vídeo de felicitación con mensajes de todas las personas importantes en mi vida. Amigos y familiares compartieron recuerdos que me emocionaron hasta reír y también llorar. Fue un momento precioso, cargado de amor, risas y nostalgia.

Él fue el último en aparecer en el vídeo. Y lo único que dijo fue: «Felicidades. Te quiero más que un buen cagar.»

Sí. Así, tal cual. Yo me reí. ¿Qué otra cosa podía hacer? A veces, confundimos la decepción con una broma. Nos tragamos comentarios que, vistos desde fuera, gritan lo que no queremos oír. Y después de eso, solo hubo una postal. Bonita, intensa,

escrita con palabras que ahora me suenan a mentira (y ningún regalo). Entre otras cosas, me decía:

«Ya has alcanzado la flor de la vida. Los 40. A partir de aquí, solo vas a mejor, como los vinos. A lo largo de los años te has hecho más valiente, porque te enfrentas a la vida pese a sus cargas. También te has hecho muy pero que muy guapa, porque eso se lleva por dentro y tu gran corazón es lo más bonito que hay en el mundo. Y por estas y mil razones más se te quiere, se te ama y se te adora. Porque sin ti no somos nada y tú eres nuestro todo. Te quiero, Cam.»

Un mes después me dejó. Se cargó un matrimonio de 12 años y tres hijos. La razón sigo sin saberla, pero a decir verdad ya no me interesa.

Muchos —quienes no me conocen— dirán que es cruel publicar el mensaje de esa postal. Quienes me conocen saben que me importa muy poco lo que puedan pensar de mí los demás. Si todo era mentira, se podría haber ahorrado la postal. Sin más. Pero así puede llegar a actuar el ser humano por egoísmo y falta de compromiso, aunque se trate de quien duerme a nuestro lado. Por sus obras los conoceréis.

Era un día cualquiera, sin presagios de tormenta. Estábamos en el baño, arreglándonos antes de ir a la iglesia, compartiendo la rutina de siempre. La discusión fue trivial, una de tantas que ocurren en el día a día de cualquier matrimonio. En un momento de frustración, solté las palabras que antes solo parecían una advertencia lejana: «Si esto no funciona, deberíamos divorciarnos.» Lo había dicho antes, siempre como una última posibilidad que él nunca consideró una opción real.

Pero esta vez fue distinto. Sin dudarlo, con una serenidad que me perforó el alma, él respondió: «Tienes razón. Estoy de acuerdo.»

Mi mente se nubló de inmediato. Sentí como si el suelo bajo mis pies había desaparecido, como si de repente estuviéramos en una montaña rusa sin frenos, descendiendo directo al vacío.

El aire en la habitación pesaba, como si todas las memorias, las promesas y los sueños acumulados en años de estar juntos se hubieran convertido en escombros a mi alrededor. Mis manos temblaban, mi respiración era superficial y en mi mente solo había una pregunta: ¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Lo habrá dicho en serio?

Un mes antes, la realidad parecía completamente distinta. Aún conservo la postal que me había escrito para mi cumpleaños, llena de palabras de amor y promesas de futuro. En ella, con palabras que parecían cinceladas en la eternidad, decía que yo era su refugio en la tormenta, su mayor bendición en esta vida, la razón por la que cada día valía la pena. Que, sin mí, su mundo se quedaría sin norte, sin color, sin sentido. Recuerdo haberla leído con una sonrisa en el rostro, convencida de que nuestro amor, a pesar del desgaste de los años, estaba intacto, de que todo lo que habíamos construido juntos seguía siendo fuerte. Esa carta, que en su momento me llenó de paz tras unos años convulsos, ahora me parecía una cruel ironía, una mentira que desconocía o una verdad que se desvaneció demasiado rápido.

Había construido una vida, una familia, una versión de mí misma que parecía completa desde fuera. Pero ahora, todo se derrumbaba. Me había aferrado a la idea de que, si hacía lo correcto, si me esforzaba lo suficiente, el amor prevalecería. Pero

la realidad era otra. En cuestión de minutos, mi matrimonio se había convertido en una historia pasada, y yo me quedé en ese baño, con el corazón roto y una verdad aterradora enfrente: nada sería igual otra vez.

Lo que no sabía entonces era que ese derrumbe sería el inicio de algo más. Como la oruga que se encierra en su crisálida sin saber que está a punto de transformarse, yo también inicié un proceso silencioso, profundo y a veces doloroso. Todo lo que conocía se desvanecía, pero dentro de mí, en lo oculto, algo empezaba a cambiar. Sin darme cuenta, estaba comenzando una metamorfosis que me llevaría a una nueva versión de mí misma. No fue inmediato ni evidente, pero paso a paso, entre lágrimas y oraciones, entre noches en vela y susurros de esperanza, mis alas comenzaron a formarse.

Fue entonces cuando nació en mí un lema que hoy me acompaña como una promesa susurrada en cada madrugada difícil: «Seguimos». Porque, aunque todo parezca perdido, aunque el dolor ahogue la esperanza, siempre hay algo en lo profundo que nos impulsa a seguir, a avanzar, a confiar en que aún hay vida después de la ruina.

Pero esto aún no lo sabía. Tras aquella discusión en el baño, sentí que mi vida se desmoronaba y que era el final. Aún no sabía que el dolor no es el final de la historia. Y tampoco sabía que lo que me parecía un terremoto no era más que uno de los primeros movimientos sísmicos que pondrían toda mi vida del revés. Lo peor, y lo mejor, estaban por llegar.

Aunque sientas que no puedes salir de la oscuridad, tú también puedes ser esa mariposa. SEGUIMOS.